

cinco leguas de día, y á las diez de noche, tanto que, como observa graciosamente el mismo Froissart, parecia que todos los demonios del infierno andaban en danza. » — De modo, le interumpí yo, que parece haberse hecho exclusivamente para pintar el estruendo de esta pieza aquel verso latino que dice :

Horrida per campos bam bim bombardas sonabant.

— No entiendo latin, respondió el *cicerone*. Y he aquí un *cicerone* que todo lo tendria ménos lo de *Ciceron*. — Lo que puedo decir es que en el año 1452 cuando habia en el *Mercado del Viérnes* 12,000 paisanos amotinados y armados de garrotes claveteados de hierro para resistir las tropas de Felipe el Bueno, les hizo este cañon un gran servicio.

Yo invité á Tirabeque á que se embutiera el cuerpo dentro del cañon, como suelen hacerlo por capricho los ingleses, pero él me contestó con mucha viveza : — Señor, los ingleses siempre han tenido unos caprichos muy raros : yo no tengo por conveniente encañonarme de ese modo, porque supongo que lo mismo en Flándes que en España el diablo las carga ; y denme lo que quieran con Margaritas de buen genio, pero con *Margaritas rabiosas* no quiero tratos tan íntimos.

Las carniceras Princesas.

La entrada en el *Mercado del Viérnes*, teatro sangriento de los pronunciamientos de Gante, nos dió ocasion para hablar de otros mercados, y entre ellos de los mercados ó abastos de la carne, ó sea de las carnicerías. — ¡ Oh ! aquí los carniceros, nos dijo el conductor, son príncipes que han causado grandes matanzas y horribles carnicerías, que de estos en todas partes los hay y ha habido, sino de los carniceros ó cortantes, de estos que despachan la carne de comer para el público. — Pues esos, me replicó, son aquí *Príncipes de la sangre*. — Segun eso, repuso Tirabeque, las *carniceras* serán *princesas* tambien. — En efecto. — ¡ Tambien Vd. quiere burlarse como el otro, señor comisionista ? Pues Vd. me parecia hombre mas formal. — ¡ Oh ! yo no me burlo. Los carniceros, *los hijos del Príncipe*, que así son nombrados, han tenido grandes privilegios : ellos han tenido el derecho de llevar su estandarte de honor á las ceremonias públicas, el de asistir á la

inauguracion de los soberanos, y el de hacerles la guardia de honor..... ¡ Oh ! aquí las dos carnicerías que hay, *la gran carnicería* y *la pequeña carnicería*, han sido el patrimonio de unas pocas familias ricas, sin que nadie pudiese ejercer la profesion sino sus descendientes en línea recta.

— Hombre, por San Bavon y Santa Coleta, haga Vd. el favor de explicarnos ese misterio.

— Yo lo explicaré.

« El emperador Carlos V era un monarca tan popular, que no tenia reparo en mezclar su sangre con la de las familias mas plebeyas, especialmente cuando la hermosura de alguna jóven. . . . ¡ Oh ! señores los emperadores tienen sus pasiones tambien. — Vamos, hombre, explíquese Vd. sin miedo, le dijo Tirabeque : eso sería que tuvo algun trapillo con alguna carnicera de buenos bigotes que le gustó. — Eso es cabalmente lo que cuenta la historia, aunque en ella no se lee que la tal jóven tuviera bigotes, ántes al contrario, refiere que era de rostro hermoso y de tez muy fina y delicada. — Pues tambien eso es cabalmente lo que en España se llama tener buenos bigotes. Y siga Vd., que en cada tierra se explica la gente á su modo.

» Pues bien, de aquella desigual union resultó, dice la historia, un robusto infantito, que en lo rubio no desmentia el origen de la paternidad. El emperador, en la alegría de verse reproducido, preguntó á la madre qué era lo que mas deseaba para concedérselo. Ella dijo que el privilegio exclusivo de vender la carne en toda la ciudad, concentrado en los descendientes del fruto de sus amores. Así se lo otorgó fácilmente el emperador. Aquel pequeño hijo de príncipe tuvo, andando el tiempo, otros dos hijos varones, y de ellos han descendido las dos familias que tienen hoy *la grande y la pequeña carnicería*. Desde entónces se llamó á los carniceros *príncipes de la sangre*, ó *los hijos de príncipe*, y fueron obteniendo todos esos privilegios de que os he hablado.»

— ¡ Lo que son las flaquezas humanas ! exclamó el hermano Anselmo : está visito que los monarcas mas poderosos no están exentos de las debilidades de la naturaleza. — ¡ Lo que aprende un hombre viajando ! decia Isidro. — ¡ De lo que pende, bien pensado, dije yo, el origen de las clases y de las alcurnias ! — ¡ Lo que hace, concluyó Tirabeque, una carnicera de buenas carnes !

Setecientas monjas y un fraile.

— ¿Dónde nos lleva Vd. ahora, conductor? — Estamos en la calle de *Bruges*, y vamos á entrar en el *Grand Béguinage*: es la hora de ver todas las hermanas reunidas en el templo.

Me alegré, yo Fr. Gerundio, porque habia oido hablar mucho de las *Beguinas* de Bélgica, y sobre todo del *Grand Béguinage* de Gante. Ninguno de los compañeros sabia lo que íbamos á ver. Entrámos por una puerta de arco, y nos encontramos como en una poblacion nueva dentro de la misma ciudad, pero separada de ella por medio de murallas y de fosos llenos de agua que la circundan. Es, digámoslo así, una pequeña ciudad dentro de otra ciudad mayor, porque tiene la misma forma de calles y casas que otro cualquier pueblo, pero á la cual no hay mas que una entrada. Allí es donde vive la comunidad de las *Beguinas*, diseminadas por todas aquellas casas, cada una de las cuales lleva la advocacion de algun santo ó santa, cuyo nombre se lee sobre cada puerta.

— ¿Qué es esto, señor? me preguntaba Tirabeque: no parece sino que hemos sido trasportados en cinco minutos á la tierra santa. — Este es, le dije, el convento de las *Beguinas*. — Señor, en mi vida he visto convento como este; esto es un pueblo. — Sí, pero las monjitas que habitan estas casas, se reunen en el templo á rezar los oficios: ahora las verás.

Entrámos pues en el espacioso templo del *Grand Béguinage*. Admirable y sorprendente golpe de vista; bello y poético espectáculo ofreció á nuestros ojos una congregacion de setecientas hermanas vestidas de hábito religioso, unas con un velo negro y otras con una blanquísima cofia plegada sobre la cabeza, dejando apenas ver los rostros; muchas con un libro en la mano, y todas oyendo el sermon de un sacerdote que vestido de una especie de pelliz estaba predicando en flamenco. Yo leia la sorpresa en los semblantes de mis tres compatriotas, y ellos deberian leer en el mio una sensacion mezclada de admiracion y de placer. Arrimado á un rinconcito, explicaba yo en voz baja á mis compañeros lo que habia leido acerca del origen é institucion de estas *Beguinas*; que habian sido fundadas en Lieja por un tal *Lamberto Begg* ó *Begue*; y no por *Santa Bega*, como afirma Alejandro Dumas, confundiéndolo sin duda con otra institucion de jóvenes señoritas que fundó aquella santa: que hacian una vida retirada, religiosa

y penitente, pero sin votos públicos; y que de consiguiente las *Beguinas* podian salirse de la comunidad, y volver al siglo, y aun casarse, si bien miéntras permanecieran en el *Béguinage* tenian que obedecer á una priora ó superiora, etc.

Á este tiempo divisó Tirabeque un fraile dominico que sentado en un confesionario estaba. — ¡Señor, señor, un fraile! y es dominico. — En efecto que sí. — Señor, ese fraile debe ser un *Bigardo*. — ¡Cómo un *Bigardo*, hombre! ¿Sabes bien lo que dices? — Pues diga Vd. mi amo; ¿no me ha hablado Vd. algunas veces de unos herejes que hubo en otros tiempos, que llamaban los *Bigardos*, y que eran compañeros de las *Beguinas*? — *Begardos* dirás, hombre, que no *Bigardos*. En efecto, hubo en el siglo XIV en Alemania unos herejes llamados los *Begardos* y los *Beguinas*, que enseñaban, entre otras cosas, que el hombre podia llegar en esta vida á tal estado de perfeccion que ya no podia pecar, y de consiguiente eran ya superfluos los ayunos y todas las obras y ejercicios de virtud: estos herejes, llamados tambien *quietistas*, fueron condenados en el concilio general de Viena bajo el papa Clemente V; pero aquellos *Begardos* y *Beguinas*, nombrados tambien así de otro *Begg*, nada tienen que ver con estas *Beguinas*. — Señor, como se parecen tanto los nombres y yo no he estudiado mucho la historia de los herejes, no extraño que lo haya confundido.

Dedicóse luego á brujulear rostros por debajo de los velos, y no le desagradaron algunas fisonomías de las monjas flamencas.

Hay ademas en Gante otro *Petit-Béguinage*, por el mismo estilo que el grande, fundados ambos por la condesa Juana de Constantinopla; pero aunque llamado *petit*, no es tan pequeño que no conste la comunidad de 200 ó 300 hermanas. La institucion y existencia de las *Beguinas* son exclusivas de los Países-Bajos.

La aparicion del fraile, primero y único que habiamos visto hacia seis años desde su supresion en España, dió ocasion á que fuéramos informados de la reaccion frailesca que se está obrando en Bélgica hace algun tiempo, especialmente en las dos Flándes y Ambéres, donde han reingresado ya en claustros una porcion de comunidades de franciscanos, dominicos, carmelitas, capuchinos y otros. Pero ni en Brusélas ni en otras grandes poblaciones han podido todavía hallar cabida los cerquillos.

Fábrica de paño continuo.

Pasando puentes y cruzando canales, fuimos llegando á la fábrica de fundicion de la *Compañía del Fénix*, á cuyo director íbamos recomendados por un rico comerciante de Paris. El edificio es vasto, y da de sí para entretenerse todos segun la aficion de cada uno. Dejemos al hermano Isidro cebándose en observaciones en los departamentos de las fabricaciones de máquinas : dejemos tambien á Tirabeque embobado en ver el gran receptáculo ó depósito de gas dentro del mismo edificio fabricado, y me voy con el hermano Anselmo y con el director á otra pieza, donde nos espera ser testigos de un nuevo é importante adelanto industrial ; tan nuevo, que era el primer dia que se habia puesto su ensayo en ejecucion.

No podia discurrirse una cosa que mas pudiera interesar á mi compañero ; porque era una máquina al vapor nuevamente inventada para la fabricacion del paño fieltro continuo ; máquina semejante en su clase en mecanismo y en resultados á las del papel indefinido. Hasta entónces parece que no se habia hallado, ó al ménos ensayado en Europa, el medio de cruzar los hilos en este género de paño : aquel dia se habia empezado á poner en ejecucion con grandes probabilidades de buen éxito. El inventor y maestro, con quien tuvimos el gusto de hablar, con mas la satisfaccion de oír las explicaciones de su misma boca, era un inglés, á quien el director de la *Compañía del Fénix* habia hecho venir *ad hoc* de los Estados Unidos.

Largo rato nos llevamos observando atentamente el progreso y resultado de las diferentes y admirablemente combinadas operaciones de la máquina, la cual movida por el vapor sin el auxilio de otros brazos que dos solas personas que ponian un trabajo ligerisimo, habia de dar al cabo del dia un número prodigioso de varas de paño perfectamente elaborado desde la lana en fieltro hasta ponerse en estado de echarle la tijera para vestir.

El hermano Anselmo lo contemplaba absorto, y yo lo veía no sin sorpresa y admiracion. No sé si el resultado del ensayo habrá correspondido á las esperanzas : si ha sido así, las fábricas de paño fieltro deben producir una revolucion en el ramo de paños, como las del papel continuo la produjeron en el de papel.

Prision modelo.

No léjos de allí, y en la parte del canal de *Bruges* que con el nombre de la *Cortadura* sirve de paseo público, está la *casa central de detencion*, la gran prision de Bélgica, la cárcel que puede servir y ha servido de modelo para las prisiones de los países mas cultos ; la cárcel cuya administracion y sistema penitenciario han ido á estudiar comisionados de los gobiernos de las naciones mas civilizadas ; la que han imitado la Prusia, la Inglaterra, la Francia, los Estados Unidos y otros diferentes reinos ; la que finalmente ha examinado y estudiado con tanto celo y aprovechamiento nuestro ilustrado español *Lasagra*, si bien con el desconsuelo de que sus estudios y sus escritos no hayan servido sino para que en España se pueda conocer mejor y desesperar mas del triste y aflictivo contraste que con aquel modelo de prisiones forman (con poquísimas excepciones) nuestros hediondos calabozos, nuestras sucias mazmorras, y su abandonada y vergonzosa administracion.

Esta cárcel pues, este vasto establecimiento fundado por Maria Teresa, y considerablemente agrandado por el rey Guillermo, es un inmenso octógono, dividido en ocho triángulos, cuyos remates desembocan todos en un patio central. ¡ Qué orden ! ¡ qué aseo ! ¡ qué sistema tan sabio y tan concienzuda y escrupulosamente observado ! Nosotros, acompañados de uno de los conserjes (militar retirado, como todos los empleados en aquella cárcel) fuimos visitando cada departamento de por sí. Habia mas de mil presos, de ellos unos 250 condenados á reclusion perpétua ; y todos sin distincion estaban ocupados en los trabajos de los talleres de herreros, de carpinteros, de zapateros, de sastres, de tejedores, etc. Todos visten uniformes con vestidos trabajados en el establecimiento. El conserje nos llevó á un gran depósito de camisas, pantalones y calzoncillos de buen lienzo. — He aquí, nos dijo, uno de los almacenes de ropas. — ¿ Y estas ropas son para los presos de la casa ? — Ah, no ; estas prendas son para el ejército, para la clase de tropa. — Y diga Vd., amigo ; pues qué, ¿ los soldados en esta tierra gastan calzoncillos tambien ? — Ah, sí, todos : ¿ en España no ? — En España..... yo le diré á Vd. ; en España hace ménos frio, y con ese motivo, no digo calzoncillos, sino ni aun casi pantalones gastan. — Oh ! la España será un país muy ardiente. — Sí, señor, para la tropa muchísimo : allí en el mes de Diciembre suelen andar los soldados de pantalon blanco, ya

un poco trasparente á fuerza del uso.— ¡ Oh diablo ! ¡ que país tan ardoroso !

Pasámos á la sala de los ancianos é imposibilitados, donde estaban los presos que por su edad ó sus achaques no pueden ya trabajar ; y de allí á la enfermería. Yo no sé cuál de los dos salones me ofreció mas que admirar ; si aseado y decente estaba el uno, limpio y curioso estaba el otro : si buenas camas tenían los ancianos, á las de los enfermos no les faltaban sus buenas sábanas y almohadas de muy decente lienzo : si colgadura blanca tenían las unas, su pabellon blanco tenían tambien las otras ; y cerca de la de enfermos se hallaba una bien surtida botica, regentada por un preso tambien.

— Señor, me decia Tirabeque, ¿ sabe Vd. que en esta cárcel se puede ser preso por gusto, y que casi debe ser una cucaña el que le metan á uno en chirona ? — Sábetete, Pelegrin, le dije, que no vas descaminado en tu juicio, pues ya me parece que te he indicado en otra ocasion, que tanto se ha llegado á perfeccionar el sistema carcelario en estos países, que es ya un problema si conviene ó no tanta perfeccion, porque se sospecha y no sin fundamento, que muchos cometen delitos con el objeto de que los encierren en la cárcel. — Y aun mas lo diréis, añadió el conserje, cuando sepáis la inversion que se da á los productos de los trabajos de los presos. Dividense aquellos en tres partes ; una se destina á su mantenimiento diario ; de la otra se va haciendo una caja de ahorros para cada individuo ; y la tercera se les distribuye para sus gastos extraordinarios. Por ejemplo, se permite á los presos beber vino en ciertos dias, aunque en tasada y módica cantidad : he aquí la ventanilla del despacho del vino : el que quiere gasta en esto parte de su PLUS, y el que no, lo invierte en cigarros ó en cualquiera otra atencion lícita que sea mas de su gusto ó de su necesidad. — ¿ Y qué tal alimento se les da ? le pregunté al conserje. — Tienen, me respondió, tres refecciones diarias : por la mañana pan con leche, al mediodía sopa y legumbre, y á la tarde ó noche patatas. Tomáos la molestia de venir conmigo, y veréis la cocina y la despensa. Fuimos en efecto, pero ya no nos sorprendió su aseo y limpieza, puesto que no hacia sino corresponder á la de todo el establecimiento. — Ahora veréis, nos dijo, la pieza donde reciben los detenidos las visitas de sus familias ó de cualesquiera otras personas interesadas. Era una pequeña habitacion con dos verjas separadas por un espacio como de dos varas. El preso y la persona que le visita, se colocan el uno

á la reja interior, y el otro á la exterior, y por el espacio intermedio se pasea un celador que oye lo que entre sí comunican y les avisa cuando es pasado el tiempo que el reglamento carcelario les permite. — ¡ Cuidado con ella ! exclamaba Isidro : se parece esto á la cárcel de mi lugar.

Todo está allí por este orden. El comandante y el director de los trabajos viven dentro del establecimiento. En la conserjería tienen un libro en que los visitantes sientan sus nombres con las notas que gusten poner con arreglo á las observaciones que puedan haber hecho. Yo puse :— « Aquí estuvo Fray Gerundio de España, con su lego Tirabeque y otros dos compatriotas en tal año, mes y día. Miéntas visitaron la prision, estuvieron muy complacidos de ver su buen orden y su admirable sistema : al salir se acordaron de las cárceles de España, *et contristati sunt* ; » en latin para que no lo entendieran los flamencos.

La muerte á caballo, una vieja y un hermafrodita.

De allí pasámos á la universidad, que es un edificio clásico puro, que no tiene mas defecto que estar empotrado entre unas malas calles y entre unas malas casas. La fachada se compone de ocho columnas corintias en las proporciones del panteon de Roma y cuyos capiteles han sido amoldados por los de los templos de Antonio y de Faustina. El fronton representa el gobierno distribuyendo á la ciudad de Gante las faces académicas. La entrada es soberbia y en su pavimento hay un meridiano, compuesto de once especies de mármol, sacadas todas de las canterías de la ciudad. Le entra el sol por una ingeniosa y magnífica claraboya.

El secretario de la universidad, que nos recibió, nos condujo á la SALLE DE PROMOTION, sala de grados. Jamas he visto una aula mas bella ni mas grandiosa. Ella es circular y está decorada de columnas corintias de estuco blanco pulimentado. Esta columna da forma una magnífica hilera de palcos, los cuales se multiplican en otro rango ó hilera que hay mas abajo, formado por los pedestales de las columnas que se abren y se cierran por medio de bastidores. Las puertas de la galería, que son de una madera preciosísima, están dispuestas con tal mecanismo, que se abren tan bien y se cierran las dos hojas á un tiempo. El centro de la sala está en forma de anfiteatro. Y si la tribuna del candidato y los asientos del público están todos forrados de terciopelo carmesí, se

puede discurrir si serán lujosos los de los doctores y si habrá magnificencia en los palcos del rey y de las autoridades. Repito que no he visto aula mas bella ni mas grandiosa.

Ó el secretario tenia muchas matriculas que despachar, ó debimos parecerle gente de poco valer, porque él nos hizo allí un saludo de despedida, y nos dejó encomendados á UNA VIEJA, á quien encargó que nos enseñara el resto del edificio. Condújonos, pues, la MARIZAPALOS aquella al museo de historia natural, dividido en una porcion de salones, rica y abundantísimamente provistos de raros y preciosos objetos: y de allí pasámos al gabinete de anatomía comparada, donde entre otras rarezas y curiosidades se nos ofreció á la vista un esqueleto ó caballo con una gran guadaña en la mano. — ¡ Señor, exclamó Tirabeque, LA MUERTE A CABALLO! Déjeme Vd. reir; ya no faltaba mas que la hubieran puesto sentada en un coche vapor viajando por caminos de hierro. Y luego dirigiéndose á la mujer, — diga Vd., tía Colasa (le preguntó) ¿ es el retrato de Vd. este? Todos nos echamos á reir, la mujer no comprendió la pregunta, y pasámos á la sala de mineralogía, y de allí al salon de antigüedades y monetario, no ménos rico que los anteriores.

Inútil era hacer preguntas á la mujer. El « JE NE SAIS PAS » con que contestaba á todo nos convenció bien de que no era una Minerva. Con este motivo nos divertimos con ella grandemente. — Dígame Vd., le preguntaba mi lego, ¿ desempeña Vd. alguna cátedra en esta universidad? — No, monsieur, no; respondia ella muy seria. — ¿ Vd. está bien, le decia yo, en esta sala de antigüedades? — Sí, señor, bien. — ¡ Oh! sí; es Vd. otra antigüedad mas. Y aun no estaria Vd. mal en el PANTEON DE AGRIPA, que segun veo es ese inmediato. — ¡ Oh! tambien, monsieur: yo en todas partes estoy bien. — Y diga Vd., le preguntó el hermano Anselmo; ¿ no hay aquí MOMIAS? — Oh, sí, no tenéis mas que venir conmigo.

Y nos llevó efectivamente al gabinete de cirugía, donde ademas de una numerosísima coleccion de instrumentos quirúrgicos, habia una porcion de momias, y monstruos humanos, entre ellos un *hermafrodita*. Objeto fué este que nos llamó mucho la atencion á todos. La existencia de los *hermafroditas* será una bella fábula inventada por los mitólogos, ó se disputará por los anatómicos y zoólogos cuanto se quiera: pero no sé lo que podria ser si no eran los dos sexos lo que en aquella momia todos nosotros, al parecer claramente, distinguíamos, y como tal se enseñaba tam-

bien. Y no digo mas de la materia, por ser de un género doblemente delicado.

Las demas aulas no tenian mucho de particular. Al salir nos demostró la *seudo-Cicerona* aquella, que si no era arqueóloga ni entendia palabra de monedas antiguas, al ménos de la moneda usual y corriente era mas que medianamente conocedora, pues habiéndola alargado el hermano Anselmo dos francos, frunció el ceño y nos indicó que era poco por todos. Alargámosla pues otro franco, y Tirabeque se despidió de ella diciendo: — Á Dios, hermosa literata; si todas las flamencas fueran como tú, ni patena en manos de cura escrupuloso queda mas limpia que saldria mi ánima de este país.

Los Bibliotecarios y la Bibliotecaria.

La biblioteca de la universidad está en otro edificio aparte, y bien distante por cierto. Ella ocupa la iglesia de la antigua abadía de los Benedictinos de Bandeloo, y se compone de unos 60,000 volúmenes y algunos curiosos manuscritos. Entre ellos tenia yo noticia de hallarse una biblia del siglo XIII, obra maestra de caligrafía, y como tal llevaba mucha curiosidad de verla. De consiguiente fué lo primero por que le pregunté á un sacerdote que allí encontrámos, y que por el puesto que ocupaba, calculé seria uno de los bibliotecarios.

El hombre se echó á discurrir en ademan de quien espera que una sensacion antigua vuelva á reproducirse en la tecla respectiva del órgano de la reminiscencia. Al cabo de un rato cargó con una escalera de mano y se dió á recorrer estantes y cajones. La escalera cambió seis ó siete veces de lugar y la biblia no parecia. Al fin el hombre echó mano á un volúmen, y diciendo « *le voici* » le puso en mis manos. Yo le tomé, le abrí, y vi que eran unos *Evangelios*, tambien manuscritos y de un mérito no comun. — Aun no es esto, le dije: ha de ser un tomito en 12º que comprende ambos testamentos.

Á este tiempo entró una mujer de mediana edad: el sacerdote se dirigió á ella, le habló *sotto voce*, y en seguida la veo tomar la escalera y ponerse á buscar la biblia. — ¡ Vaya una bibliotecaria! exclamó el hermano Anselmo. — Amigo, le dije yo, está visto que no solo en Francia, sino en Bélgica tambien á las mujeres se les da una universal intervencion, ó sea un entrometimiento uni-